

REVOLUCIÓN Y CONTRARREVOLUCIÓN EN ITALIA Y ALEMANIA (1914-1923), CONTRIBUCIÓN A LA HISTORIA POLÍTICA DE LA INTERNACIONAL COMUNISTA*,

Por Carlos N. Svidler

Reseñar una obra de tal amplitud y complejidad es una hazaña como para que a uno le tiemblen las manos y, sin embargo –aunque consciente de lo extremadamente difícil que es resumirlo en pocas palabras– quiero intentarlo, con la debida modestia ante un texto seguramente destinado a convertirse en un referente para todos los comunistas de habla hispana (pero no sólo si, como es de esperar, se traduce a otros idiomas).

He tenido la suerte de leer la obra tal como salió de la pluma de su autor y de comentarla con él paso a paso. Por ello, puedo dar fe de la extrema seriedad y minuciosidad con que fue escrita, así como de la vastedad y originalidad de las fuentes consultadas en distintos idiomas.

Los dos gruesos volúmenes, publicados como autoedición en 2019, aspiran a interpretar la historia de la Internacional Comunista (analizada hasta el V Congreso), y la tremenda derrota de la oleada revolucionaria que sacudió Europa de 1917 a 1923. Para ello, la estructura de la obra se centra especialmente en las que el autor considera, con razón, las dos experiencias más dramáticas y provechosas: la italiana y la alemana. Es decir, aquellas en las que más sobresale la inmensa energía revolucionaria desplegada por el proletariado en aquellos años cruciales (a los que Svidler dedica vibrantes páginas), por un lado, y las dramáticas raíces de su derrota, por otro.

Para identificar estas últimas, el texto comienza muy atrás, desde la formación misma de la socialdemocracia alemana y del socialismo italiano, rastreando en la forma en que nacieron, y en las circunstancias en que se desarrollaron, las razones que llevaron al SPD y al PSI a dar fatalmente la espalda a la revolución cuando ésta –a través del fuego de la "gran guerra" y del ejemplo del Octubre ruso– golpeó a sus puertas; y las razones que hicieron a las izquierdas revolucionarias de esos pletóricos partidos obreros incapaces de estar a la altura de las circunstancias, y no sólo por ser minoritarias, sino por el simplismo, doctrinarismo e inmadurez de su entramado ideológico y táctico. Ejemplos nefastos de ello fueron en Alemania la "acción de marzo" y la "teoría de la ofensiva", en Italia la no adhesión del PC de Italia a los "Arditi del Popolo" y la táctica de adhesión incondicional a la "Alianza del Trabajo", esta última, fruto más de la protesta sindicalista-economicista que de una aplicación seria de un frente único desde abajo.

Sólo en Rusia, argumenta Svidler –y es imposible reprochárselo– se habían creado las condiciones para un partido marxista que la experiencia de 1905 había hecho madurar teórica, organizativa y tácticamente.

Pero cuidado, no era ciertamente un partido perfecto sino, de hecho, se trataba de un partido atravesado por corrientes que las dificultades de la situación en Europa occidental, la ruina económica de Rusia y la propia enfermedad y muerte de Lenin sacarían a la luz. Un partido cuyo temperamento, aunque muy

* <https://pasadoypresentedelmarxismorevolucionario.net/tabla-de-materias/>

superior al de la izquierda occidental, no bastaba, sin embargo, para mantenerlo siempre en el norte revolucionario y para mantenerlo indemne de responsabilidades e incluso de graves errores.

Paradigmas de estas responsabilidades y errores son, desde la perspectiva de REVOLUCIÓN Y CONTRARREVOLUCIÓN EN ITALIA Y ALEMANIA, las tácticas implementadas tras el III Congreso de la Comintern, especialmente la del "gobierno obrero", cuya desastrosa concreción se vio en la fracasada insurrección de 1923 en Alemania, así como en los "gobiernos obreros" de Sajonia y Turingia.

El propósito de Carlos Svidler, el hilo rojo que guía toda su investigación, y que comparto con él, es el intento de encontrar una línea que no se vea afectada tanto por el verbalismo extremista de la izquierda occidental como por las maniobras tácticas de la dirección de la Comintern, cada vez más desconectada de los principios y criterios que habían guiado al bolchevismo en sus momentos más álgidos.

Parece identificar esta línea, aunque imperfectamente, en los tres primeros congresos de la Internacional. De hecho, comparte plenamente –y en esto no se puede no estar de acuerdo– la batalla librada por Lenin y Trotsky en el III Congreso contra el extremismo infantil, contra una táctica compuesta únicamente de declaraciones de principios revolucionarios, y la *misión* de educar a la izquierda occidental para el largo trabajo de conquista de la mayoría de la clase obrera. Y compartía también el enfoque dado en aquella coyuntura a la táctica del "frente único", es decir, a la necesidad de una táctica de largo aliento, no inmediatamente ofensiva, que pudiera involucrar y comprometer a la base socialdemócrata. Y ello sin una reducción formalista del "frente único" al terreno exclusivo de las organizaciones sindicales, como propugnaba la dirección del PC de Italia bajo la inspiración de Bordiga.

Al mismo tiempo, denunció cualquier acuerdo con la socialdemocracia: el verdadero error, el principio de la caída, fue haber querido sentarse a la mesa con ella en Alemania, o peor, entablar alianzas parlamentarias con ella, y peor aún, intentar establecer gobiernos obreros que la involucraran, unos por tacticismo para desenmascararla, otros por la ilusión de comprometer a una parte de ella en el proyecto revolucionario. Lo mismo puede decirse de la insistencia del Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista, en fusionar a toda costa el PC de Italia con el ala izquierda del PSI. Socialdemócratas, maximalistas e independientes no eran "partidos obreros", la derecha del campo proletario, sino la izquierda del campo burgués.

Con esta clara distinción, el autor parece considerar que ha encontrado un equilibrio válido para el futuro.

En aquel momento, durante nuestras discusiones, que se caracterizaron por un acuerdo casi total, me pareció, y me sigue pareciendo hoy, que esta solución no estaba totalmente exenta de esa ilusión, típica de la izquierda comunista italiana (de cuyo entorno procedemos ambos), y expresada por ejemplo en las tesis sobre la táctica elaboradas por el PC de Italia en 1922, de establecer reglas tácticas esquemáticas. Es decir, que el verdadero secreto de la táctica revolucionaria es la identificación de límites *permanentes* más allá de los cuales la maniobra no puede ir, so pena de derrota.

Volviendo al meollo de la lección que Svidler cree poder extraer de la derrota de la revolución europea, creo que tiene toda la razón al identificar las tácticas erróneas hacia la socialdemocracia como una de las razones, si no la principal, de las batallas perdidas, pero no creo que puedan extraerse de ello fórmulas permanentes.

Si por táctica marxista se entiende –como también creía Carlos– no tanto un listado de lo que los comunistas *no* deben hacer, sino de lo que es posible hacer para influir a nuestro favor en la relación de fuerzas entre las clases; si por táctica revolucionaria se entiende –como también pensaba Svidler– la acción positiva derivada del análisis concreto de la situación concreta, entonces no creo que sea posible excluir

situaciones en las que la táctica erróneamente aplicada por la dirección de la Comintern después del III Congreso podría o hubiera podido tener un resultado diferente. Por ejemplo, si el PC de Italia tenía razón en lo fundamental al afirmar que una fusión con el ala izquierda del PSI era quimérica, entonces no creo que podamos sacar de esto la regla de que ninguna fusión de partidos obreros se puede proponer en el futuro.

No es posible entrar aquí en este tema, que merece ser tratado en profundidad. La obra de Carlos Svidler ofrece una gigantesca contribución y una enorme masa de material en este sentido.

A. M.